

Adolfo Sánchez Vázquez: Filosofía y Política en el exilio¹

Adolfo Sánchez Vázquez: Philosophy and Policy in exile

José Cepedello Boiso

Profesor asociado de Filosofía del Derecho.
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla
jcepboi@upo.es

Recibido: Junio de 2008
Aceptado: septiembre de 2008

Palabras clave: Adolfo Sánchez Vázquez, marxismo, filosofía de la praxis, exilio.

Key words: Adolfo Sánchez Vázquez, Marxism, Philosophy of praxis, exile.

Abstract.: This essay deals with the intellectual and human figure of the Andalusian thinker Adolfo Sánchez Vázquez, born in Algeciras, but exiled after the Spanish Civil War for his activism at the Republican side. We, thus, try to retrieve the value of a man so attached to his own ideals so as to be compelled to quit his homeland as a consequence of his commitment. In this work we put these two aspects together: his personal lifestyle is set in parallel to his intellectual career. We traverse the most relevant facts of his biography and the most remarkable features of his Marxist-oriented political thought.

Resumen.: Nuestro ensayo aborda la figura intelectual y humana del pensador andaluz, de origen algecireño, Adolfo Sánchez Vázquez, exiliado en México tras la Guerra Civil por su participación activa en el bando republicano. Es un intento, pues, de recuperar la valía de un hombre comprometido con sus ideas hasta el punto de tener que abandonar su tierra natal como fruto de ese compromiso. En nuestro trabajo, aunamos esos dos aspectos: su trayectoria vital en paralelo con su periplo intelectual. Expone-mos los aspectos más relevantes de su biografía, así como los rasgos más destacables de su pensamiento político de orientación marxista.

Adolfo Sánchez Vázquez nació en la localidad andaluza de Algeciras, en 1915. Sus años de infancia y adolescencia transcurrieron en Málaga. En su juventud, mostró su adhesión más fiel a los movimientos revolucionarios de raíz marxista, participando activamente en ellos. En Málaga se afilió, en 1933, al Bloque de Estudiantes Revolucionarios ingresando ese mismo año en la Juventud Comunista. Como él mismo reconoce, este grupo se caracterizaba por una intensa actividad violenta y un credo cercano al de las Juventudes Libertarias, organismo con el que, sin embargo, no mantenía relaciones muy cordiales. Movidio por un cierto espíritu romántico, nuestro autor se sentía atraído por la acción violenta, sin prestar mucha atención a los fundamentos teóricos de la misma: “mi ingreso en las filas de la J.C. no había sido el fruto de una reflexión teórica, sino de un inconformismo creciente un tanto romántico y utópico en el que los grandes ideales desdeñaban medirse con la vara de lo real”². No obstante, este hecho no impidió su primer contacto con textos marxistas y anarquistas, facilitados principalmente por su tío Alfredo Vázquez, quien, a pesar de no pertenecer a ningún partido ni organización política, fue fusilado en los primeros días de la sublevación franquista. Sánchez Vázquez reconoce que, en ese tiempo, su adhesión era, sobre todo, a un ideal irreflexivo y, en cierta medida, visceral representado por “banderas rojas y Palacios de Invierno”, en el ámbito de una ciudad como Málaga, denominada, en aquel tiempo, “Málaga, la Roja”, circunscripción que había dado el primer diputado comunista a las Cortes de la República³.

Del ambiente revolucionario de la Málaga republicana se trasladó, en octubre de 1935, a Madrid, con el fin de dar comienzo a sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. A pesar de sentirse satisfecho con las enseñanzas recibidas, notaba la ausencia casi absoluta de la doctrina marxista en las aulas. Ni tan siquiera el socialista Besteiro hacía mención alguna al marxismo en sus clases de lógica. En consecuencia, Sánchez Vázquez se convierte en un auténtico autodidáctica con la lectura de algunos textos clásicos de Marx, a partir de las versiones de Wenceslao Roces, al mismo tiempo que mantiene su activa práctica militante. En este sentido, denuncia, de forma crítica, cómo “el desdén tradicional del movimiento y partidos obreros españoles por la teoría no estimulaba en modo alguno a los intelectuales que militaban en sus filas a afirmar y enriquecer una formación marxista”⁴. Tras la primera fase de euforia activa revolucionaria, Sánchez Vázquez comienza a manifestar la necesidad de reflexionar sobre la realidad del marxismo y sus expresiones políticas a partir de unas sólidas bases teóricas, afianzadas en un conocimiento adecuado de las doctrinas marxistas. En esta tesitura, el alzamiento militar franquista le sorprende en Málaga, ciudad a la que había vuelto tras el fin del curso académico. Inmediatamente se suma a las tareas de defensa de la ciudad, a través de las labores encomendadas por la organización local de las Juventudes Socialistas Unificadas, organización surgida de la fusión de las juventudes comunistas y socialistas. Fue miembro de su comité provincial y director de su órgano de expresión, *Octubre*, y asistió como

delegado de la misma a la Conferencia Nacional que se celebró en Valencia en enero de 1937. A su vuelta sintió en su propia piel uno de los acontecimientos más sangrientos de la contienda: la huida de la población civil por la carretera de Almería, bajo el fuego rasante de la artillería de los barcos de guerra⁵. De Málaga se traslada a Valencia y de allí a Madrid para asumir la dirección del diario *Ahora*, encomendado por Santiago Carrillo, en nombre de la comisión ejecutiva de la JSU. Sánchez Vázquez es muy consciente de la importancia de su tarea: “Teniendo en cuenta de que se trataba de la organización juvenil más importante de la zona republicana, con más de 200.000 miembros, y la enorme influencia que tenía a través de ellos en el Ejército Popular, se trataba de una inmensa responsabilidad a mis 21 años”⁶. Su labor se desarrolla, además, en el fragor de la batalla, “entre los duelos ensordecedores de los cañones de uno y otro signo”.

Su cargo de director de la publicación *Ahora* le permitió asistir a uno de los acontecimientos intelectuales más importantes del momento: el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en Madrid a principios de julio de 1937. Allí entró en contacto con los escritores más destacados de la época: André Malraux, Tristan Tzara, Louis Aragon, César Vallejo, Alejo Carpentier, Octavio Paz, Rafael Alberti o Ramón J. Sender, entre otros. La labor fundamental que debía llevar a cabo en esta publicación era fijar cada día la posición de la JSU en las cuestiones más polémicas. En ocasiones, tenía la oportunidad de consultar antes la opinión de la comisión ejecuti-

va, pero, en otras, no, debido a que ésta se encontraba en Valencia. Fueron justamente las protestas ante un artículo de un redactor del periódico las que condujeron a Sánchez Vázquez a renunciar a su puesto y pedir su incorporación a filas. Así, en septiembre de 1937, pasa a formar parte de la 11ª División, dirigida por el comandante Líster y que tenía como comisario político a Santiago Álvarez. Dentro de la división se encargó de las tareas de prensa y propaganda, así como del órgano de expresión de esta unidad, la publicación *¡Pasaremos!* En el seno de esta División participó en la batalla de Teruel, tras cuya victoria, tanto Líster como Santiago Álvarez fueron ascendidos respectivamente a jefe y comisario político del Quinto Cuerpo del Ejército. De esta forma, se amplió, al mismo nivel, la labor propagandística de Sánchez Vázquez. Entre sus misiones, nuestro autor visitó en diversas ocasiones a Antonio Machado y a su madre para entregarles los víveres que les facilitaban las autoridades de este Quinto Cuerpo. Por esta razón, fue el primero en leer el soneto que el poeta sevillano le dedicó a Líster. Tras la sangrienta batalla del Ebro, el grueso del Quinto Cuerpo tuvo que cruzar la frontera, con las tropas franquistas pisándole los talones. Sánchez confiesa que, en los últimos meses, la experiencia de la guerra civil había adquirido, para él, el tono de una tragedia. Una tragedia a la que no estaba dispuesto a renunciar, pues esto conllevaba la renuncia, al unísono, a la defensa de los principios de la legalidad republicana. De ahí que declare con orgullo, “nos sentíamos en plena derrota –camino de los campos de concentración- superiores a nuestros vencedores en el campo de batalla”⁷.

Desde el punto de vista de la militancia marxista, Sánchez Vázquez reconoce que las vivencias del conflicto intensificaron su adhesión visceral a la disciplina política de las organizaciones de raíz marxista, por más que no se ampliara, de ninguna forma, su conocimiento de las teorías de Marx. En esa tesitura, sólo había un objetivo: “Para un joven militante de filas como yo, ser marxista significaba comprender la justeza de nuestra lucha y la necesidad de actuar subordinándolo todo a un objetivo prioritario: ganar la guerra”⁸. Este hecho fortaleció el espíritu militante de nuestro autor. Se trataba de seguir a rajatabla las consignas de los órganos del Partido, porque, por encima de cualquier discusión crítica y reflexiva, existía un objetivo superior: la resistencia frente al levantamiento fascista.

Tras pasar los Pirineos, comienza para Sánchez Vázquez la experiencia del exilio. En primer lugar, la dura tarea de evitar ser conducido a alguno de los numerosos campos en los que se hacinaba a los españoles en condiciones inhumanas. Con este fin, hubo de burlar a la gendarmería y, tras una breve estancia en Perpignan, llegó a París, ciudad prohibida en ese momento para los refugiados españoles. Después de una estancia de unos meses en un albergue para escritores en Roissy-en-Brie, el general Lázaro Cárdenas, presidente de México, abrió las puertas del país a los refugiados de la Guerra Civil española. Sánchez Vázquez formó parte, así, de la primera expedición que partió hacia México, desde el puerto mediterráneo de Sète, a bordo del buque Sinaia. Transcurridos

quince días de travesía, desembarcaron en Veracruz, el 13 de junio de 1939, donde fueron recibidos entre aplausos y vítores, entre otros por García Téllez, secretario de Gobernación y representante personal del general Cárdenas y Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la Confederación de Trabajadores de México. A pesar del excelente recibimiento gubernamental y de gran parte de la población, “la derecha tradicional y la prensa nacional en su mayor parte concentraron en nosotros los epítetos más ofensivos, para ofender así al gobierno de Cárdenas”⁹. En 1941 se trasladó a Morelia, en calidad de profesor de bachillerato, para impartir la asignatura de filosofía en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo de la Universidad Michoacana. El inicio de la actividad docente supuso un giro fundamental en la evolución vital e intelectual de Adolfo Sánchez Vázquez. Las exigencias didácticas le facilitaron la tarea de profundizar en el conocimiento filosófico. Desde un principio, prestó especial atención al estudio de aquellas doctrinas que, hasta entonces, había seguido más desde una adhesión pasional que desde la reflexión crítica y reflexiva y se dedicó, en especial, a la lectura de los clásicos del marxismo. Sin embargo, este hecho no supuso un menoscabo en su defensa activa de los principios en los que estaba empezando a profundizar desde un punto de vista teórico. Así, en 1943, su participación en un conflicto interno universitario, en defensa de posiciones de izquierda frente a tendencias más conservadoras que intentaban corregir los avances del periodo cardenista, le condujo a renunciar voluntariamente a su labor docente.

En los años siguientes, ya en la capital mexicana, desarrolló todo tipo de tareas para subsistir: traductor, escritor de novelas basadas en guiones cinematográficos (entre ellos, *Gilda*) y profesor de español. Pero, al mismo tiempo, reanudó sus estudios universitarios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, llevando a cabo la maestría en letras españolas. Sin embargo, las obligaciones laborales y su intensa actividad política le impidieron terminar su tesis de maestría titulada: “El sentido del tiempo en la poesía de Antonio Machado”. No obstante, volvió a reiniciar sus estudios universitarios, ya en la década de los cincuenta. Al mismo tiempo, el afianzamiento, tanto interior como exterior, del régimen franquista convertía en un anhelo cada vez más lejano el posible regreso a la patria. Este hecho, en palabras de Sánchez Vázquez, “no entrañaba, en modo alguno, un abandono de nuestra actividad política, pero sí le daba –al menos en mi caso- mayor serenidad y mayor exigencia de racionalidad”¹⁰. Sintió, por ello, la necesidad de profundizar, de forma reflexiva y crítica, en los fundamentos teóricos de su *praxis* política y, en su vuelta a la UNAM, se decantó por la filosofía con la finalidad de alcanzar un conocimiento más acertado de las doctrinas marxistas. En esa época, el marxismo no era una tendencia imperante en esta universidad mexicana, pero sí existían figuras importantes como los profesores Wenceslao Roces y Eli de Gortari. En 1955 obtuvo la maestría de filosofía con la tesis “Conciencia y realidad en la obra de arte”. En este texto, Sánchez Vázquez muestra, de forma clara, dos ideas: la importancia del marxismo en la filosofía con-

temporánea y la necesidad de reformular las interpretaciones predominantes de las ideas de Marx. No obstante, la obra se desviaba poco de la ortodoxia de la estética del *realismo socialista*, pero sí que establecía un punto de inicio de los desarrollos posteriores del pensamiento de Sánchez Vázquez. Tan convencido estaba nuestro autor de que debía haber superado esa ortodoxia que decidió no entregar a la imprenta la tesis y se dedicó a reelaborarla con vistas a una futura publicación, ya que, en su opinión, “si bien yo proseguía el intento de abrir nuevas brechas en la roca inconvencible de la estética soviética, no acababa por romper el marco teórico ortodoxo”¹¹.

Curiosamente, la necesidad de reformular, desde un punto de vista teórico, la ortodoxia marxista se verá impulsada por la práctica política como militante del PCE. En 1954, la organización del PCE en México se pronunció contra los métodos autoritarios del representante local del Comité Central. El conflicto se fue agudizando hasta acabar en un duro enfrentamiento entre la organización de México y el Buró político. Sánchez Vázquez asistió a varias reuniones en París con la máxima dirección del PCE para intentar resolver el conflicto. Desgraciadamente, la solución fue la esperada: sometimiento incondicional de la organización inferior al centro. Este hecho provocó un giro radical en la actitud militante del filósofo algecireño, quien confiesa: “desde entonces prometí ser sólo un militante de filas y consagrarme sobre todo a mi trabajo en el campo teórico”. Pero, evidentemente, esta concentración en el trabajo teórico iba a estar muy condicionada por los avatares

políticos, orientándose a “repensar los fundamentos filosóficos y teóricos en general de una práctica política que había conducido a las aberraciones denunciadas en 1956 en el XX Congreso del PCUS y que muchos militantes nuestros habían vivido y sufrido en carne propia”¹². Además, otros dos acontecimientos determinaron la nueva orientación teórica y práctica: el impacto de la revolución cubana y la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia. Todas estas circunstancias contribuyeron a que lo que en principio era una simple búsqueda de nuevos cauces dentro del marxismo dominante se convirtiera en una ruptura profunda con el marxismo entendido desde la perspectiva única y dogmática impulsada por los dirigentes soviéticos. En palabras de nuestro autor: “Desde entonces me esforcé por abandonar la metafísica materialista del *Diamat*, volver al Marx originario y tomar el pulso a la realidad para acceder así a un marxismo concebido ante todo como filosofía de la praxis”¹³. El primer resultado de esta nueva actitud fue un ensayo publicado en 1961, titulado “Ideas estéticas en los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx”. Tras el entusiasmo con el que fue recibida esta obra en Cuba, Sánchez Vázquez fue invitado a la isla y allí tuvo la ocasión de conocer al Che Guevara. La visita fue muy fructífera para la evolución teórica del marxismo de nuestro autor, tal y como luego plasmaría en su libro de 1965, *Las ideas estéticas de Marx*.

En este trabajo, Sánchez Vázquez considera que es necesario llevar a la práctica una lectura atenta de los textos originales de

Carlos Marx. Esta tarea encubre una doble finalidad: por un lado, descubrir la verdadera naturaleza del pensamiento estético marxista y, al mismo tiempo, desenmascarar las falacias que se esconden en el seno de las interpretaciones del marxismo dogmático, representadas, en el campo de la estética, por el *realismo socialista*. El primer descubrimiento de Sánchez Vázquez hace referencia al profundo carácter humanista de la teoría estética de Marx¹⁴. Marx no tenía como objetivo filosófico el desarrollo una teoría estética. Su auténtica meta era alcanzar una concepción del ser humano sobre la base de un pilar esencial: el ser humano como ser productor y libre. En su búsqueda de la auténtica naturaleza del ser humano, se encuentra con la estética como una esfera esencial de esa humanidad, en la medida en que el arte, en tanto que acto creativo, es una de las más claras manifestaciones del aspecto más inherente al ser humano: su capacidad de producir en libertad. La actividad que permite que el hombre consiga humanizarse, al mismo tiempo que cubre sus necesidades mediante la transformación de la naturaleza, es el trabajo. El trabajo permite humanizar la naturaleza en la medida en que, en el proceso de su transformación, se produce la expresión de las fuerzas del ser humano. Es justamente en esta capacidad del hombre de materializar sus fuerzas esenciales, de producir objetos materiales que expresan su esencia, en donde reside la posibilidad de que ese trabajo se manifieste como arte. No existe, pues, la escisión entre arte y trabajo defendida por la estética idealista. Esta oposición sólo es válida cuando nos hallamos ante alguna de las expresiones

del trabajo enajenado. Pero, cuando el trabajo es realmente libre y creador adopta formas semejantes a las de la producción artística, ya que la raíz de ambas actividades es, en esencia, la misma¹⁵.

Dos años después, el trabajo inicial de su tesis de doctorado se convirtió en su libro *Filosofía de la praxis*, obra en la que, según sus propias palabras, “se cristaliza –sobre todo en los aspectos filosóficos y teórico-políticos- el punto de vista a que ha llegado mi visión del marxismo”¹⁶. Esta nueva visión del marxismo se desarrollaría posteriormente en textos como *Ciencia y revolución (El marxismo de Althusser)*, en el que criticaba la interpretación *althusseriana* de carácter científico de la filosofía de Marx o *Filosofía y economía en el joven Marx*, en donde continuaba su intento de esclarecer las vías más acertadas de interpretación del pensamiento marxista.

En su búsqueda de las verdaderas raíces del marxismo en los textos de Marx, Sánchez Vázquez encuentra el origen de su interpretación *práxica* en la conocida *Tesis XI sobre Feuerbach*: “Los filósofos se han limitado hasta ahora a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata ahora es de transformarlo”. Sánchez Vázquez comienza afirmando que el especial énfasis que Marx pone en la idea de transformación no supone que se esté renunciado a la labor de interpretación¹⁷. La tesis se ocupa de resaltar la necesidad de intensificar la faceta práctica de la filosofía, esto es, su capacidad para transformar el mundo, pero esto no significa que haya que desgajar, de forma radical, esta fun-

ción de la necesaria labor interpretativa. La interpretación, esto es, el aspecto teórico de la filosofía, sigue siendo necesaria, ya que el elemento teórico, consciente, interpretativo o cognoscitivo es fundamental en la práctica. No existe una práctica realmente transformadora que no se apoye en un conocimiento o interpretación de la realidad que se quiere transformar. Más aún, la capacidad práctica y transformadora humana sólo ha sido posible en la medida en que el ser humano ha sido capaz de desarrollar una interpretación adecuada de la realidad. El marxismo como *filosofía de la praxis* no supone, por lo tanto, circunscribir la labor de la filosofía al ámbito de la práctica, sino establecer una profunda relación entre la teoría y la práctica, en la medida en que la auténtica práctica marxista se asienta sólidamente en la teoría y ésta, en consecuencia, cumple también, si mantiene su relación estrecha con la práctica, una función igualmente transformadora.

En tanto que concepción crítica, la interpretación *práxica* del marxismo supone la superación de distintas interpretaciones inadecuadas de la obra de Marx. Por un lado, rechaza la interpretación *ontologizante*, según la cual el problema filosófico fundamental es el de la relación entre el espíritu y la materia. Tampoco admite la hermenéutica marxista epistemológica que considera esta doctrina como una simple práctica teórica y, por último, no admite la concepción antropológico-humanista que entiende el marxismo como un proyecto utópico de emancipación enraizado en un concepto abstracto de ser humano¹⁸. Desde la perspectiva *práxica*, además, la su-

peración de estas visiones reduccionistas permite una comprensión del marxismo que cumple las siguientes funciones: a) función *crítica*, desde la doble perspectiva de crítica revolucionaria de la realidad existente y crítica de las ideologías imperantes; b) función *política*, ya que, en la medida en que la crítica de ideas tiene su base en condiciones e intereses reales de clase, la filosofía de la *praxis* no debe encerrarse en el simple debate ideológico, sino que debe cobrar conciencia de las condiciones reales que las engendran y de las soluciones prácticas que permitirán dominarlas, lo que no supone, no obstante, la sumisión de la filosofía a las exigencias inmediatas de la política; c) función *gnoseológica*, en tanto que capacidad para elaborar y desarrollar los conceptos y categorías que permitan llevar a cabo análisis certeros de las situaciones concretas en las que surgen las ideologías que legitiman la explotación, imprescindibles para conseguir la necesaria transformación de la realidad política y social; d) función de *conciencia de la praxis*, “la filosofía de la praxis no es filosofía sobre la praxis (como si ésta fuera un objeto exterior a ella), sino que es la propia praxis tomando conciencia de sí misma”¹⁹; y, por último, e) función *autocrítica*, en la medida en que la conciencia de la praxis tiene que desembocar en una crítica incesante de sí misma.

Partiendo de estas premisas teóricas, no resulta extraño que Sánchez Vázquez fuera de los primeros que, desde las filas de la militancia activa, denunciara la situación paradójica del llamado, durante el siglo XX, *socialismo real*. Sin ningún tipo

de ambigüedad, nuestro autor señala que justamente los países que hacían gala de haber establecido un régimen político socialista “no eran socialistas”, debido a una razón básica; para el socialismo, “la democracia socialista constituye una parte integrante e indispensable de él”²⁰. De ahí que “la democracia socialista (...) no ha existido ni existe realmente”²¹, dado que en esos países, “en lugar de este proceso de democratización cada vez más extenso y profundo, lo que encontramos es una limitación del mismo”²². Por su defensa del carácter esencialmente democrático del socialismo, Sánchez Vázquez tuvo la valentía, cuando muy pocos se atrevían, de denunciar la ausencia de los valores democráticos en el seno de las organizaciones y Estados que se autodenominaban de raíz socialista. Pero, al mismo tiempo, también fue de los pocos que, tras el derrumbe del sistema instaurado por estos países desacertadamente llamados socialistas, supo mantener su defensa de la vigencia de este ideario. Según sus propias palabras, “el fracaso de esta experiencia histórica originariamente emancipadora que, por un conjunto de factores objetivos y subjetivos, se transformó en su opuesto, no puede significar en modo alguno que en otras condiciones históricas y con otros factores objetivos y subjetivos, el proyecto socialista haya de conducir inexorablemente a los mismos resultados”²³. Desde esta perspectiva, para Sánchez Vázquez, tras el intento fallido del *socialismo real*, el socialismo democrático es hoy más necesario que nunca para superar toda una serie de contradicciones que perviven en el seno del capitalismo y que se manifiestan

tan en la desigualdad, la explotación, la injusticia o la insolidaridad. Ahora bien, en todo caso, se trata de un socialismo democrático, en la medida en que estos dos términos, para Sánchez Vázquez, no son incompatibles, sino que, muy al contrario, se encuentran indisolublemente unidos, ya que “el socialismo exige una ampliación de la democracia”²⁴.

En definitiva, el estudio tanto de la obra como de la vida de Sánchez Vázquez nos muestra el perfil de un militante activo en las filas del movimiento comunista caracterizado por dos rasgos esenciales: coherencia y honestidad. A lo largo de su evolución vital e intelectual entre los complejos entresijos y vericuetos históricos del siglo XX, nuestro autor muestra una coherencia y una honestidad casi inigualables. En primer lugar, en su entrega juvenil a la causa revolucionaria, con ese fervor y pasión propios de la edad y del momento histórico que le tocó vivir. En segundo lugar, en su adhesión inquebrantable a los ideales republicanos, manifestada tanto en la lucha de ideas, a través de su labor propagandística, como en el sangriento cuerpo a cuerpo en el frente de batalla. Y, en todo momento, teniendo conciencia clara de que las exigencias del enfrentamiento frente a los insurrectos estaban por encima de cualquier otro aspecto personal o intelectual. De ahí que, en este periodo, el filósofo algecireño mostrara un respeto y una disciplina inquebrantable, a la hora de acatar los dictámenes del gobierno de la República y las decisiones políticas de su partido. Pero, esta fidelidad sin fisuras no impidió que posteriormente desarrolla-

ra una actitud crítica hacia las consecuencias de lo que él consideraba un uso interesado y fraudulento de las doctrinas de Marx, en un momento en el que pocos, dentro del Partido, se atrevían a poner en cuestión la más mínima decisión emanada de los órganos centrales del mismo. Ahora bien, también ha sido de los pocos que, tras el desplome del llamado bloque comunista, no se ha dejado arrastrar, ni por un fácil derrotismo ni por un falso arribismo, y ha seguido defendiendo la bandera del marxismo, en tanto que doctrina filosófica imprescindible para continuar el proceso de emancipación y liberación del ser humano. Y, como muestra de esta actitud inquebrantable de nuestro autor, podemos citar las siguientes palabras, que nos sirven de broche idóneo para finalizar esta semblanza: “Y, sin embargo, hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo –vinculado con esas verdades y con esos objetivos y esperanzas– sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible. Sigo convencido asimismo de que el marxismo –no obstante lo que en el haya de criticar o abandonar– sigue siendo la teoría más fecunda para quienes están convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera hoy como ayer no sólo la explotación y la opresión de los hombres y los pueblos, sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque en el camino para transformar ese mundo hay retrocesos, obstáculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles, no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que, desde nuestra juventud, hemos anhelado”²⁵.

¹ Este texto ha sido realizado como fruto de las investigaciones llevadas a cabo en el marco de un Proyecto de Investigación financiado por el Centro de Estudios Andaluces, organismo dependiente de la Consejería de Presidencia de la Junta de Andalucía.

² Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Vida y Filosofía"*, en *A tiempo y destiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 21. Además de este escrito autobiográfico, los textos más importantes sobre la biografía de Sánchez Vázquez son: Stefan Gandler, *"Vida y obra de Adolfo Sánchez Vázquez"*, en *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, pp. 48-82; AA.VV., *"Adolfo Sánchez Vázquez"*, en *Anthropos. Revista de Documentación Científica de la Cultura*, núm. 52, 1985, pp. 1-50; María Dolores Gutiérrez Navas, *"Introducción"*, en Adolfo Sánchez Vázquez, *El pulso ardiendo*, Publicaciones de la Diputación de Málaga, 2004, pp. VII-XXVI y Ana Lucas, *"Adolfo Sánchez Vázquez: vida y obra"*, en Adolfo Sánchez Vázquez, *Escritos de política y filosofía*, Ayuso/Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 1987, pp. 217-252.

³ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Vida y filosofía"*, op. cit., p. 22.

⁴ *Ibid.*, p. 24.

⁵ Sánchez Vázquez dejó un testimonio escrito de estos hechos, publicado unos meses después en la revista *Hora de España*.

⁶ *Ibid.*, p. 25.

⁷ *Ibid.*, p. 28.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, p. 30.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*, p. 36.

¹² *Ibid.*, p. 37.

¹³ *Ibid.*, p. 38.

¹⁴ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Las ideas de Marx sobre la fuente y naturaleza de lo estético"*, en *Las ideas estéticas de Marx, Siglo XXI*, México, 2005, p. 19 (1ª edición, Era, México, 1965).

¹⁵ *Ibid.*, p. 37.

¹⁶ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Vida y filosofía"*, op.cit., p. 39.

¹⁷ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"El punto de vista de la práctica en la filosofía"*, en *Filosofía y circunstancias*, Anthropos, Barcelona, 1997, p. 116-119 y, del mismo autor y en la misma obra recopilatoria, *"La filosofía sin más ni menos"*, op.cit., pp. 102-103.

¹⁸ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"La filosofía de la praxis como nueva práctica de la filosofía"*, en *Filosofía y circunstancias*, op. cit., p. 129.

¹⁹ *Ibid.*, p. 136.

²⁰ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Democracia socialista y socialismo real"*, en *El valor del socialismo*, op. cit., p. 107.

²¹ *Ibid.*, p. 109.

²² *Ibid.*, p. 110.

²³ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"¿Vale la pena el socialismo?"*, en *El valor del socialismo*, op. cit., p. 188.

²⁴ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Once tesis sobre socialismo y democracia"*, en *El valor del socialismo*, op. cit., p. 144.

²⁵ Sánchez Vázquez, Adolfo, *"Vida y filosofía"*, op.cit., pp. 41-42.